

Estudios Sociales
Vol. XXXII, Número 114
Octubre - Diciembre 1998

APRENDIENDO A LA INTEMPERIE

Nuestro año ha terminado como se inició: el debate y la práctica política de muy bajo nivel sigue siendo la constante y el centro de atención de la vida nacional. Ni el huracán George consiguió barrer con sus vientos —siquiera momentáneamente— la politiquería que envuelve y con que nos envuelven los tres partidos políticos tradicionales. Al contrario, la dejó completamente a la intemperie y a nosotros también. Si algo ha quedado definitivamente al descubierto es que el centro de las pugnas partidarias actuales no es en modo alguno el bien común de los dominicanos y dominicanas sino el manejo interesado y clientelista del poder. Nos toca ver a nosotros entonces, como ciudadanos y ciudadanas, como sociedad civil, como pueblo, qué hacer con todo esto y cómo enfrentarlo.

Llueven actitudes de repudio, pero nadie se da por aludido. Claro, están hablando de los otros políticos, no de mí ni de los míos. Es el problema de las generalizaciones. Las mismas voces criticadas se apresuran a apoyar al que hace las críticas como forma de salir exentos de ellas. Este paso, entonces, no basta, especialmente cuando no se está en actitud real de oír ni de cambiar; y mucho menos cuando se ondea flamantemente la bandera del diálogo, diciendo con la práctica todo lo contrario.

Lo que menos resuelve es ciertamente la desesperanzada frustración que se va creando en la mayoría de la gente. A fin de cuentas este pesimismo generalizado es la actitud que más le conviene a los politiqueros. El “no hay nada que hacer” que nos condena a no hacer nada; el “todos son fatalmente iguales” y “este país no lo arregla nadie”;

el "a mí que no me vengán a hablar de eso ni que cuenten con mi voto pues la corrupción vuelve y vuelve"... Con lo cual todo se queda como está y los corruptos se siguen quedando con todo. Mientras nuestra autoestima como pueblo se hunde al mismo ritmo con que emergen el arribismo, las salidas individualistas y los sueños importados.

Hace falta entonces seguir encarando el momento y tratar de responder a la altura de los desafíos. Urge seguir tratando de construir un espacio político nuevo y presionando como sociedad a los partidos, al gobierno y a las instituciones públicas para que cumplan con su misión de servicio al bien común y a una verdadera institucionalización. No es poco también lo que hemos avanzado en esta toma de conciencia de nuestro rol ciudadano corporativo, aunque falte muchísimo por hacer. La mayor independencia de la justicia, el crecimiento de las ONG y de instituciones de la sociedad civil ligadas a la participación civil, los derechos humanos, la mujer y la conciencia de género, la ecología, la pequeña y mediana empresa, el fortalecimiento gremial, las asociaciones de vecinos..., paralelamente al afianzamiento de un periodismo crítico de altura, son la contrapartida positiva al vacío político que experimentamos.

Estamos en un contexto nuevo generado por los cambios de nuestra estructura democrática más que por alguna novedad en los métodos de hacer política. Las elecciones presidenciales separadas de las congresionales y municipales, con la victoria de los partidos minoritarios aliados (PLD y PRSC) en las primeras, y el triunfo aplastante del PRD en las segundas, planteó desde los inicios un problema de gobernabilidad inédito en nuestra historia política.

El modo en que se ha enfrentado ha dejado mucho que desear: Un manejo nada claro del PLD y PRSC para quitarle al PRD la presidencia de la Cámara de diputados aprovechando rencillas internas. Una respuesta rápida del PRD escogiendo desde el Senado los componentes de la Junta Central Electoral (JCE) sin consulta previa a los otros partidos ni a la Sociedad Civil. Ambas acciones bajo el amparo de la Constitución. No así la posterior y escandalosa retención de fondos a la JCE de parte del Poder Ejecutivo en un abuso claro e inconstitucional de sus funciones.

El PLD y PRSC reclaman al PRD un consenso que ellos fueron los primeros en ignorar. El PRD, por su parte, no sabe colocarse en un ni-

APRENDIENDO A LA INTEMPERIE

vel ético superior ni tampoco asegurar su coherencia interna. Bloquea además indiscriminadamente proyectos de reformas en el Senado por aparente revanchismo partidario y demostración de fuerza.

Este abandono de lo ético en la vida política al que el trujillismo y el balaguerismo nos condenaron por más de medio siglo sigue siendo sin duda la herencia más pesada de la tiranía. El PRD de la “vergüenza contra dinero” frustró las expectativas nacionales al caer en índices de corrupción lamentables en sus períodos de gobierno 1978-86. El PLD de la “persecución implacable a los corruptos” comprometió seriamente la posibilidad de un juicio legal a la corrupción de la administración reformista con los acuerdos implícitos y explícitos que sellaron la constitución del llamado “frente patriótico” (PLD-PRSC).

El ideal ético que había constituido el distintivo peledeista parece caer de la noche a la mañana ante un “pragmatismo” político que se muestra hoy más que simplemente coyuntural. Ya antes los lazos y alianzas con el Frente Nacional Progresista –aliado tradicional del balaguerismo y de sus métodos– habían ido indicando un giro en este sentido. Todo acaba justificándose con tal de alcanzar el poder y mantenerse en él. Los idealismos juveniles quedaron atrás en muchas cabezas y corazones. Ahora el discurso se centra en la “modernización”, pareciendo olvidarse que ésta comienza con la transparencia en el manejo de los fondos, la discusión crítica de proyectos y el concurso verdaderamente democrático para la asignación de obras. Se crean estructuras paralelas para la lucha contra la corrupción y reforma de las instituciones que implican gastos importantes pero que a la hora de la acción se chocan de frente con el poder real y anquilosado de los que conducen las instancias que se pretenden cambiar.

Paradójicamente también la “autocrítica” post-eleccionaria interna sólo ha servido lamentablemente para reforzar las prácticas políticas de antaño: el clientelismo y las prebendas para ganar votos para el 2000; los manejos nada claros para “atraer” líderes de la oposición en nuevas alianzas con las intrigas reformistas; el privilegio de las obras monumentales y “visibles” por encima de la educación, la salud, los servicios, y de la atención a los barrios y al campo; el asistencialismo social denigrante y reiterativo reflejado en la entrega de cajas de comida y juguetes, por más “ordenada” que ésta se haga; la manipulación partidarista de la ayuda llegada para los damnificados. El Diálogo Nacional fue dejado en el aire no siendo ya políticamente rentable. El pro-

yecto Comunidad Digna, para enfrentar la pobreza, nace sin fondos asignados en el presupuesto nacional, y sin concertación previa ni integración real con sus beneficiarios potenciales que corren el riesgo de ser tomados nuevamente como simples objetos.

El PRSC, por su parte, sigue incapaz de distanciarse de su nonagenario líder y de la complicidad sumisa a la aureola mítica que lo envuelve y a los intereses que se cobijan bajo su sombra. Se esconde la gravedad de su estado de salud; se le sigue haciendo el juego de dejarle la última –y la primera– palabra; se sigue –inconcebible y vergonzosamente– hablando de esperar a que él mismo se defina sobre su participación o no como candidato a las futuras elecciones!!! Mientras tanto Balaguer, todavía lúcido, conduce el partido a su antojo y en beneficio personal de su figura. Astutamente aprovecha la ínfima minoría que representa su fuerza política para seguir manejando a sus adversarios y pescando en río revuelto. Algunos reformistas miran con recelo, sin embargo, una tendencia a la peledeización que estaría en la mira de sus más cercanos consejeros y de muchos dirigentes del PLD.

El enfrentamiento politiquero ha llegado a su máxima expresión en el combate por la dirección de la Liga Municipal Dominicana (LMD) que ahora aparece como prenda codiciada dado que implica el control del manejo de un 4% del presupuesto nacional. El PRD lanza de nuevo acusaciones de compra de sus dirigentes municipales por parte del PLD y el PRSC. El nivel ético cae de nuevo por el suelo: El PRD anuncia que lanzará protestas callejeras y rodeará con sus militantes la LMD, el Gobierno responde organizando una asamblea paralela de la Liga y enviando la policía a cercar la del Distrito. Las agresiones no se hacen esperar.

Un camino sin embargo ha sido recorrido. Hemos salido de nuestro reducido espacio insular mejorando notablemente nuestras relaciones y acuerdos internacionales y el nivel de representación del cuerpo diplomático. El trabajo de la Suprema Corte de Justicia se ha ganado hasta ahora el reconocimiento sincero de la población y la labor de los jueces da señales de una independencia del manejo económico o politiquero cada vez mayor. La fiscalía del Distrito sigue avanzando sensiblemente en su labor de saneamiento e institucionalización del Palacio de Justicia y en la búsqueda de un efectivo control de la policía judicial, quedando pendiente todavía la imperiosa necesidad de reducir el escandaloso número de presos preventivos y la agilización de los

procesos penales. El mismo problema político que nos embarga tiene su cara positiva en tanto que refleja los avances que hemos hecho en la independencia de los poderes públicos. Por otra parte el espacio que los partidos pierden o mal usan invita a la sociedad civil a ocuparlo, asumiendo con más fuerza ese rol político que abre a una verdadera y participativa democracia.

Nuestro número no es ajeno a toda esta temática aunque se ubique en contextos históricos diferentes. **Roberto Cassá** nos describe el modo en que Pedro F. Bonó, pensador social dominicano de fines del siglo pasado tuvo que situarse creativamente frente a los conflictos políticos y los proyectos sociales de su tiempo, yendo más allá de la comprensión liberal predominante, incapaz de valorar los recursos transformadores y democráticos del campesinado; y distanciándose asimismo de los rejugos y pugnas por el poder reinantes en su época. **Pablo Mella** retoma una distinción teórica importante confrontando el concepto de J. Habermas de "espacio público" y sus límites para expresar una comprensión de "sociedad civil" que tome en cuenta la conflictividad social y las determinaciones específicas de los actores involucrados, por ejemplo las del contexto latinoamericano. Finalmente **Manuel Maza** nos presenta la figura de Felix Varela, sacerdote y diputado cubano ante las Cortes españolas (1822-1823). Varela expuso su pensamiento independiente durante un período difícil de pugna entre regalistas conservadores y liberales anticlericales. Fue capaz de abrir la ruta de la autonomía para los cubanos y pensar la emancipación de los esclavos, mientras abogaba por la independencia del clero respecto del Estado y del ejército y combatía la clericalización de las instituciones.